



Dr. NORMAN BETHUNE

*El crimen del camino
Málaga - Almería*

PUBLICACIONES IBERIA



Dr. NORMAN BETHUNE

*El crimen del camino
Málaga - Almería*

Relato con documentos gráficos
reveladores de la crueldad fascista

PUBLICACIONES IBERIA



El Dr. Bethune y sus camaradas Hazen Sise y Thomas Worsley

PRESENTACION

La muchedumbre, enloquecida por el pánico y la desesperación, marchaba por los caminos de Motril a Almería. Todo un pueblo en fuga. Huía de Málaga, que acababan de ocupar las legiones de italianos y alemanes, de moros y del Tercio Extranjero.

A la derecha del camino, abierto al mar, vomitaban su fuego mortífero los cañones de los navíos piratas, secundados por las unidades de las escuadras alemana e italiana. Bajo la explosión de las granadas, que sembraban la muerte, se abrían en el torrente humano, que avanzaba sin cesar, claros trágicos: centenares de mujeres, de hombres, viejos y niños, caían, para no levantarse jamás, horriblemente ametrallados. Desde el cielo, de un impasible azul, bajaban los aviones —también alemanes e italianos— y sembraban, con el plomo de sus ametralladoras, la muerte por doquier.

A la izquierda del camino, las estribaciones de Sierra Nevada cortaban toda esperanza de liberación para los que huían. Del cielo y del mar, el frío aliento de la muerte apagaba millares de vidas. Bajo el estruendo de las granadas, al estallar, y el tableteo de las ametralladoras de los aparatos en vuelo, las multitudes seguían su marcha



**Ayudando a los evadidos a subir en el
coche ambulancia**

apresurada, su carrera de desesperación y de angustia infinitas. La meta que perseguían estaba aun muy lejos; ningún medio había para poder acortarla.

De pronto —era en la jornada del 10 de Febrero— un camión-ambulancia, pintado de gris, pugnaba por abrirse paso en dirección contraria al tumultuoso discurrir del torrente humano. A la derecha y a izquierda de la carretera, centenares de heridos, de niños que, en vano, llamaban a sus padres y de mujeres desfallecidas, con los pies horrorosamente hinchados y sangrantes por la larga caminata, ator-

mentados por el hambre y la sed, caían rendidos. Otros caían muertos. El camión sanitario llevaba en sus flancos la siguiente inscripción: «Servicio permanente de transfusión de sangre». En su «baquet», vestidos con monos azules, tres hombres: el doctor canadiense Norman Bethune, su ayudante, Hazen Sise, y un conductor del vehículo, también canadiense. Estos tres hombres fueron de los primeros en acudir al auxilio de los enfermos, niños, mujeres y heridos que huían, de Málaga y de los pueblos del trayecto de esta capital hasta Almería, empujados por el terror a la dominación fascista. Tres héroes, tres figuras magníficas de la solidaridad humana. Durante siete días estos hombres afrontaron peligros de toda clase, sufrieron hambre y sed y salvaron de una muerte segura a centenares de mujeres y de niños, que trasladaron en su ambulancia desde las líneas fascistas hasta Almería. Los nombres del doctor Norman Bethune y de sus colaboradores, en esta obra de abnegación y de sacrificio inigualables, merecen



El Dr. Bethune, jefe de la expedición sanitaria



Diálogo en las calles de Almería

ser perpetuados, con un culto de devoción y admiración entrañables, en las memorias de todas las conciencias honradas del mundo. No se trata de unos combatientes: se trata de tres personalidades, de una egregia ejecutoria moral, en las que por encima de toda otra consideración se acusa el sentido, profundo y austero, del sacrificio por el semejante. A la pluma honrada del eminente doctor Norman Bethune pertenecen las apreciaciones que en este documento se publican sobre la terrible marcha emprendida por los españoles de la ciudad de Málaga, éxodo pavoroso de todo un pueblo que prefiere, antes que someterse a la dominación extranjera y a la criminal tiranía del fascismo, mil veces la muerte. El doctor Bethune va a denunciar ante el mundo, con su palabra justa e imparcial, el crimen cometido —uno más y de los más monstruosos— contra el pueblo español por las hordas extranjeras que pugnan por someterle a la negra tiranía de la barbarie fascista.

ALARDO PRATS

R E L A T O

La evacuación en masa de la población civil de Málaga empezó el domingo 7 de Febrero. Veinticinco mil soldados alemanes, italianos y moros hicieron su aparición en la ciudad al día siguiente, lunes 8, por la mañana. Tanques, submarinos, aeroplanos y buques de guerra entraron en juego simultáneamente para destrozarse las defensas de la ciudad, sostenidas por un jirón heroico de tropas españolas sin tanques, sin aeroplanos, sin auxilio... Los llamados nacionalistas entraron, lo mismo que han entrado en los pueblos y las ciudades capturadas de España, en una ciudad abandonada.

Imaginaos ciento cincuenta mil hombres, mujeres y niños que huyen en busca de refugio hacia una ciudad situada a cerca de doscientos kilómetros de distancia. No hay más que un camino. No hay más vía de escape. Y este camino, encajonado entre los altos picos de la Sierra Nevada y el mar, cortado en sus mismos tajos, sube y baja desde el nivel del mar a las montañas, en declives de más de 30 metros. La ciudad que buscan es Almería, y hay que andar hasta allá cerca de doscientos kilómetros. Bien puede el mozo sano y robusto caminar cuarenta o cincuenta kilómetros al día, pero la jornada representa para estas mujeres, para estos ancianos y para estos niños, una caminata de cinco días con sus noches, cuando menos. Y no encontrarán alimento en los pueblos por donde pasen, ni trenes ni autobuses para transportarlos. Tienen que caminar... y caminan tambaleándose, tropezando, rasgándose los pies en los pedernales del camino polvoriento, mientras los fascistas los bombardean sin piedad desde los aviones y los cañonean desde el mar.

Lo que quiero contaros es lo que yo mismo vi en esta marcha forzada, la más grande, la más terrible evacuación de una ciudad que hayan visto nuestros tiempos. Habíamos llegado a Almería el miércoles 10, a las cinco de la mañana. Llevábamos de Barcelona

un camión con sangre preparada para transfusión con destino a los heridos de Málaga. En Almería supimos la noticia de la caída de Málaga y nos aconsejaron que no siguiésemos nuestro camino, porque ya no se sabía dónde estaban nuestros frentes, y se tenía por seguro que Motril había caído también. Entonces resolvimos ir a ver en qué condiciones se estaba llevando a cabo la evacuación de heridos. Salimos por el camino de Málaga, a eso de las seis de la tarde, y a unos cuantos kilómetros nos encontramos con los que encabezaban la desventurada procesión. Venían primero los más fuertes, los que habrían podido transportar sus cosas en burros, mulas y caballos. Los dejamos atrás, y a medida que íbamos avanzando el espectáculo se hacía más lastimoso. Miles de niños —contamos cinco mil menores de diez años, y por lo menos mil de entre ellos descalzos y cubiertos apenas con un guiñapo. Las madres los llevaban echados al hombro o tiraban de ellos por la mano. Pasó un hombre con sus dos pequeños a la espalda, niños de uno y dos años, y cargando además cacerolas y trastos, y recuerdos queridos de su hogar. Engrosaba el río de gente y nuestro coche se abría paso a duras penas. A ochenta y ocho kilómetros de Almería nos decían que no siguiéramos más adelante, porque allí detrás venían ya los fascistas. Habíamos visto tantas mujeres y tantos niños angustiados, que resolvimos regresar para dedicarnos a transportar a los más desvalidos.

Difícil tarea la de elegir entre todos. Una multitud de padres y madres frenéticos se apretó alrededor del coche. Tenían la cara y los ojos congestionados por el polvo y el sol de cuatro días, y levantaban hacia nosotros, en sus brazos cansados, los cuerpecitos de sus hijos.

«Llévate a éste». «Mira este niño». «Este va herido». Niños con los bracitos y las piernas enredados en trapos ensangrentados; niños sin zapatos, con los pies hinchados; niños que lloraban desesperados de dolor, de hambre, de cansancio. Doscientos kilómetros de miseria. Imaginaos lo que serían cuatro días de andar escondiéndose en las

montañas, perseguidos por los aviones de los bárbaros fascistas, y cuatro noches de caminar en grupo compacto hombres, mujeres, niños, mulas, burros y cabras, tratando de mantenerse juntas las familias, llamándose por el nombre propio, buscándose en las sombras. ¿A quién íbamos a subir al coche? ¿Al niño que se moría de disentería o a la madre que nos miraba silenciosa, con los ojos hundidos, apretando contra su pecho desnudo al pequeño que había nacido en el camino? Aquella madre había descansado solamente diez horas. Había una mujer de sesenta años que no podía dar un paso más. La sangre de las úlceras de sus piernas hinchadas teñía de rojo sus alpargatas blancas. Muchos viejos abandonaban toda esperanza y, tumbados en la cuneta del camino, esperaban la muerte.

Decidimos llevarnos a los niños y a las madres, pero sufrían tanto al separarse padre e hijo, marido y mujer, que resolvimos transportar a las familias que tuviesen más niños, y a los niños sin padres, que eran incontables. Llevábamos de treinta a cuarenta personas en cada viaje, y trabajamos así tres días y tres noches. En el hospital del Socorro Rojo Internacional de Almería, los refugiados recibían atención médica, alimento y ropa. Al incansable esfuerzo de los conductores del camión, Hazen Sise y Thomas Worsley, se debe la salvación de muchas vidas. Iban y venían, alternando, día y noche, durmiendo a campo abierto entre los turnos, sin más alimento que naranjas y pan.

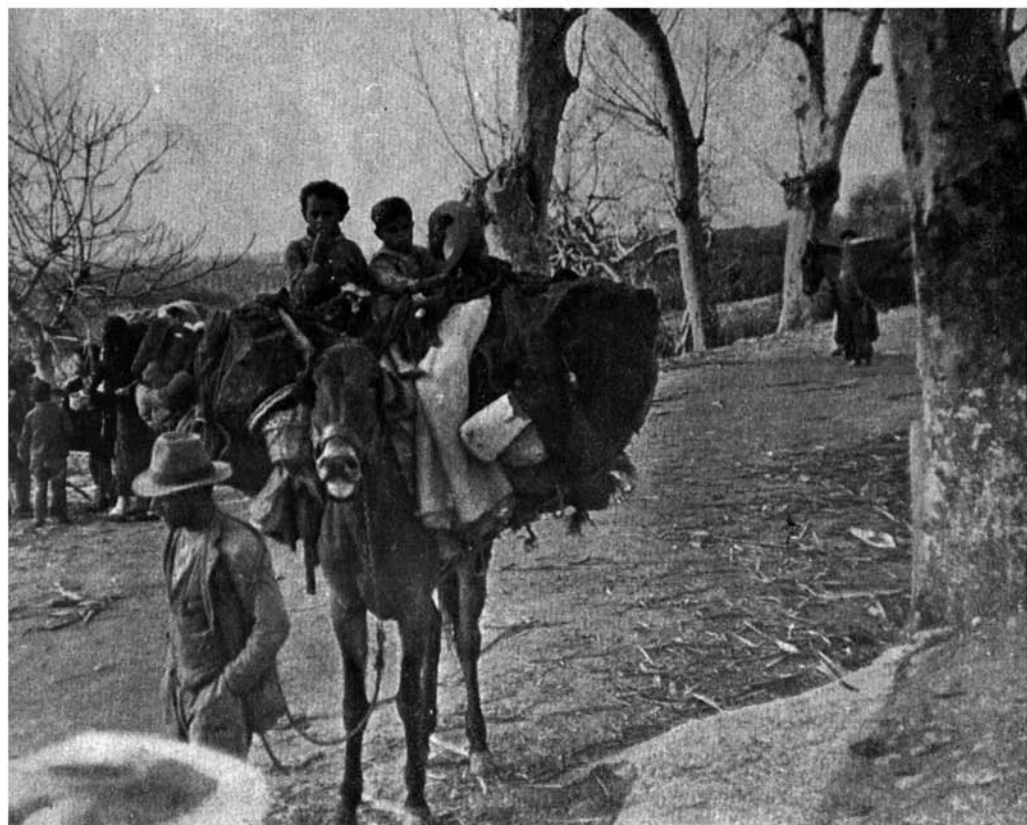
Oíd ahora el final. Como si no fuese bastante haber bombardeado y cañoneado a esa procesión de campesinos inermes a lo largo de su caminata interminable, el día 12 de Febrero, cuando el pequeño puerto de Almería estaba atestado de gente refugiada, cuando la población se había duplicado, cuando aquellas cincuenta mil personas exangües habían llegado al sitio que creían un abrigo seguro, los aeroplanos fascistas, alemanes e italianos, desataron sobre la población nutrido bombardeo. La sirena de alarma sonó treinta segundos antes de que cayera la primera bomba. Los aviones enemigos no buscaron blanco en los buques de guerra del Gobierno español que estaban en

el puerto. Deliberadamente arrojaron diez bombas en el centro mismo de la ciudad, en la calle principal, donde, amontonados en el pavimento, dormían exhaustos los refugiados.

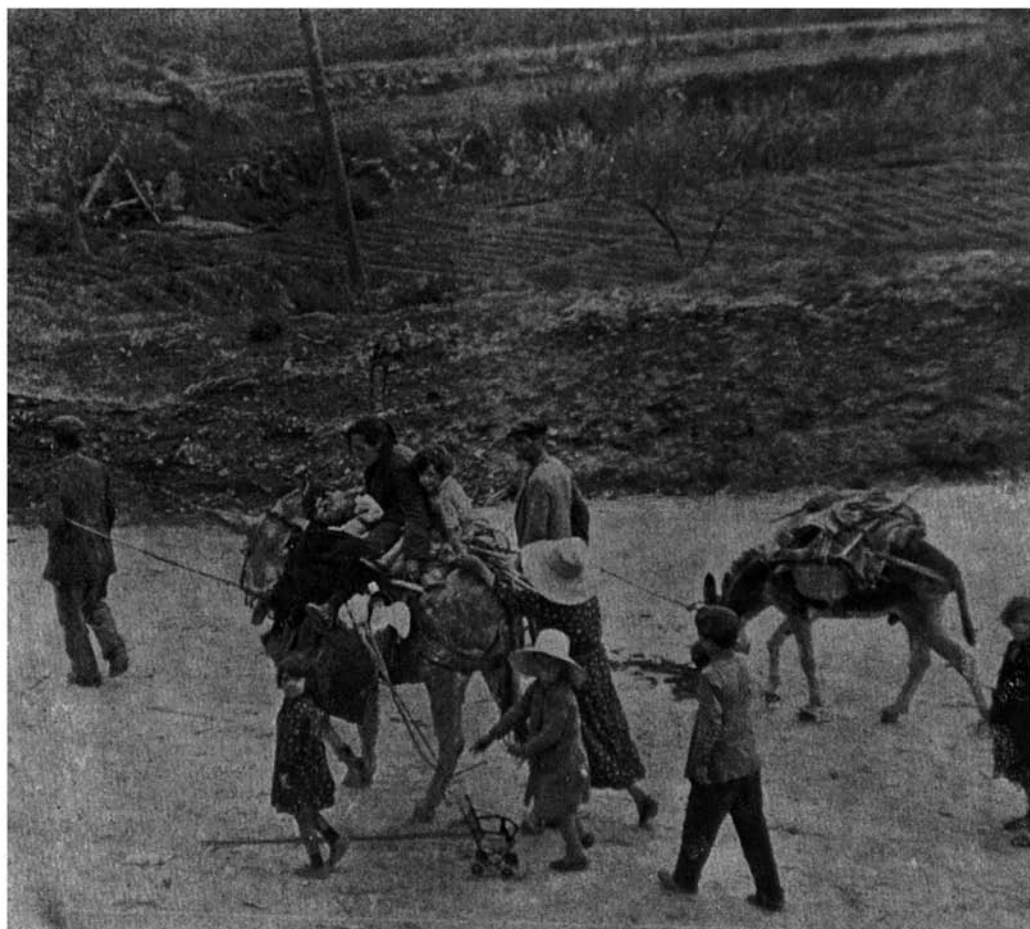
Cuando se habían alejado los aviones, levanté del suelo los cadáveres de tres niños que habían estado tres horas de pie en una cola frente al Comité Provincial de Evacuación, esperando su ración de una taza de leche condensada y un pedazo de pan, único alimento disponible. La calle parecía un degolladero, con los muertos y los agonizantes, alumbrado por las llamas de los edificios que ardían. En la oscuridad, los quejidos de los niños heridos, los gritos de las madres agonizantes y las maldiciones de los hombres, se alzaban en un lamento de masa hasta hacerse intolerable. Sentía yo el cuerpo pesado, como el cuerpo de los muertos, pero hueco y vacío, y en mi cerebro se encendía una llama de odio. Aquella noche fueron ametrallados, desde los aeroplanos, cincuenta paisanos, y hubo más de cincuenta heridos. Murieron dos soldados.

¿Qué crimen habían cometido estos hombres de la ciudad para ser asesinados de modo tan sangriento? Su único crimen había sido el de votar por un Gobierno del pueblo; moderado paliativo contra la carga aplastante de siglos de codicia del capitalismo. Alguien pregunta por qué no se quedaron en Málaga a esperar la entrada de los fascistas. Porque bien sabían lo que había de sucederles. Bien sabían lo que había de ser de sus hombres y de sus mujeres, puesto que ya ha sucedido muchas veces en otras ciudades capturadas por ellos. Todos los hombres de 15 a 60 años que no pudiesen probar que se les había forzado a apoyar al Gobierno legítimo, serían fusilados sin más trámite. Por eso dos terceras partes de la población de España se ha concentrado en la mitad del territorio que está amparado por el Gobierno de la República.

Dr. NORMAN BETHUNE



El malagueño sale de la ciudad con sus hijos, sus ropas, su tristeza por la ciudad perdida.



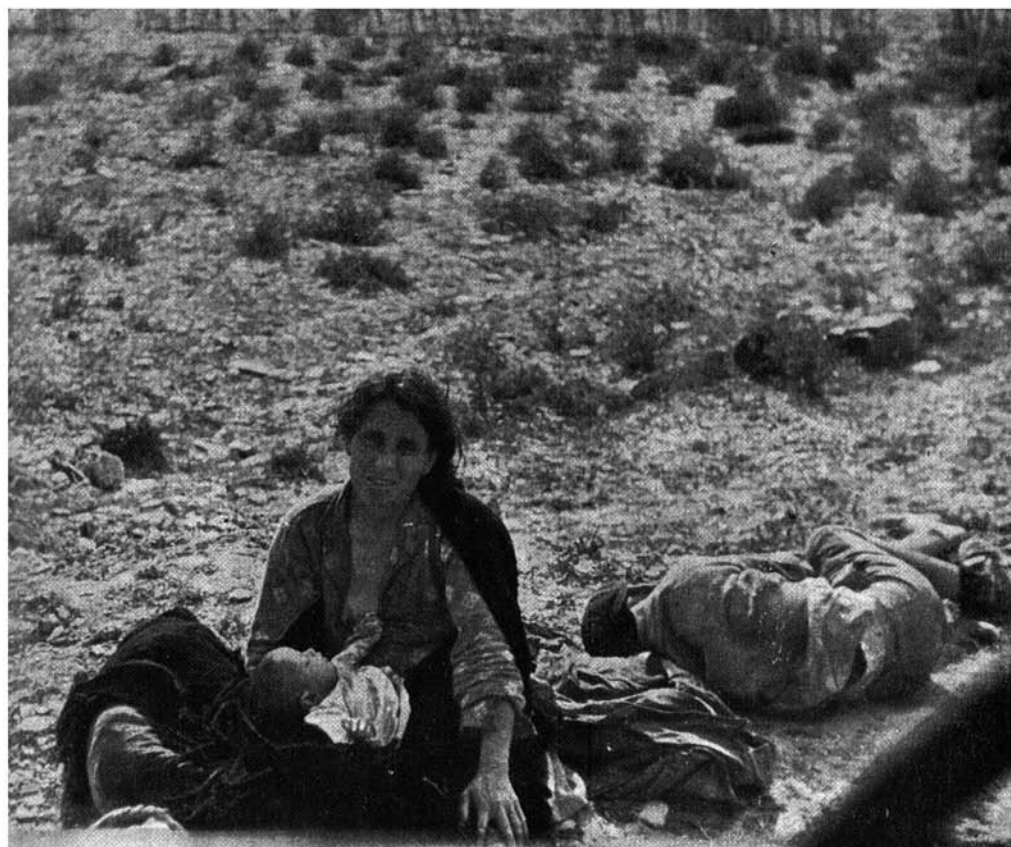
Niños. juguetes, miseria, odio, desolación.



Los niños huyen del invasor montados en el burro blanco.



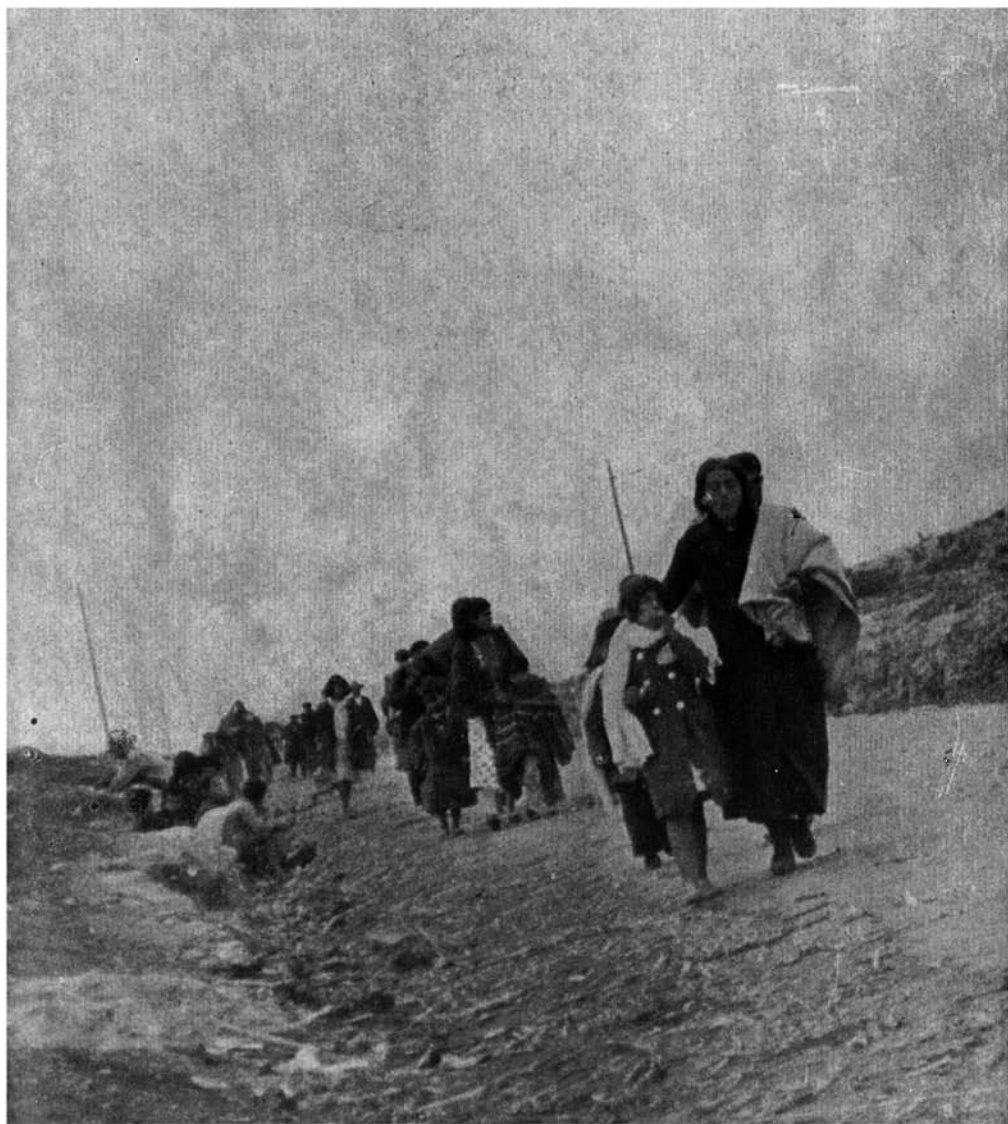
**La interminable caravana se remansa
junto a los pueblos de la ruta.**



Descanso en el camino hostil.



**Todos los vehículos pasan colmados,
rápidos, imposibles para la mayoría
de los huidos.**



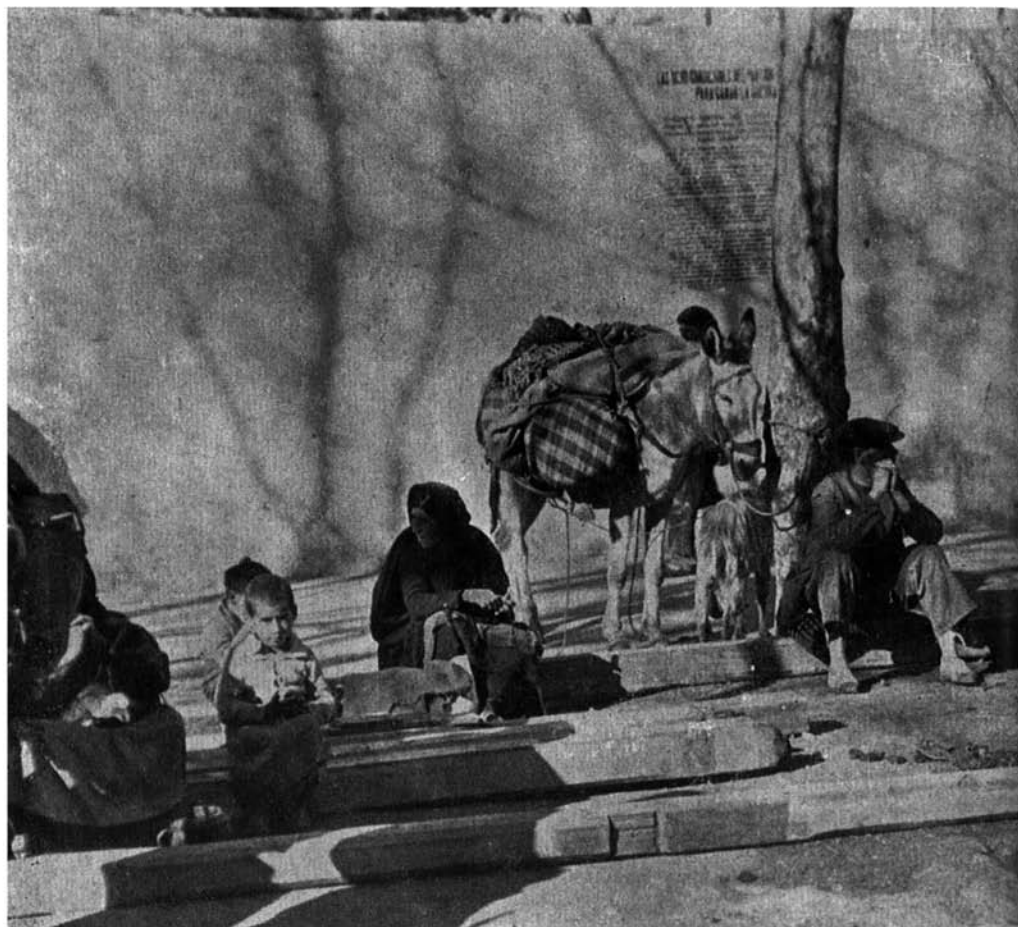
El interminable desfile.



Burros, mulos, enseres de la casa pobre.



En los pueblos que atraviesa la carretera.



Descanso sin agua y sin pan.



En la casa que da al camino las madres reposan.



Los niños han de caminar.



**La caña de azúcar como escaso ali-
mento único.**



Familia descansando.



El auxilio enternecedor



Desfallecidos a lo largo de la ruta.



**¿Abandonada? ¿Perdida? La niña
sufre hasta el extremo de olvidar o
desdeñar su tesoro de ayer.**



Niños cansados, madres tristes, abuelos impotentes.



**Rendidos, deshechos, casi muertos
junto al camino hostil.**



Murió su marido y ella salvará a sus pequeños.



En Almería, la metralla internacional también persigue duramente a los malagueños indefensos.